

EL ALMA EN PENA

Leyenda

ADVERTENCIA

El objeto que me he propuesto al bosquejar esta tragedia, es el de agitar una cuestión que se puede convertir en filosófico-religiosa.

No presento más que una pequeña fase del cuadro que me había propuesto desarrollar, porque para su total desempeño me han faltado fuerzas, solicitud y tiempo. Esto, sin embargo, no destruye la existencia de la idea primordial, pues aunque estuviera engalanada con accesorios más ó menos importantes, y el plan hubiese correspondido á la vasta idea que me formé de él en un principio, el fondo siempre hubiera quedado el mismo.

La cuestión está reducida á lo siguiente:

«¿La voluntad, reguladora de nuestros actos físicos y morales, obra por sí misma con absoluta independencia, ó lo hace á impulsos de una providencia superior?»

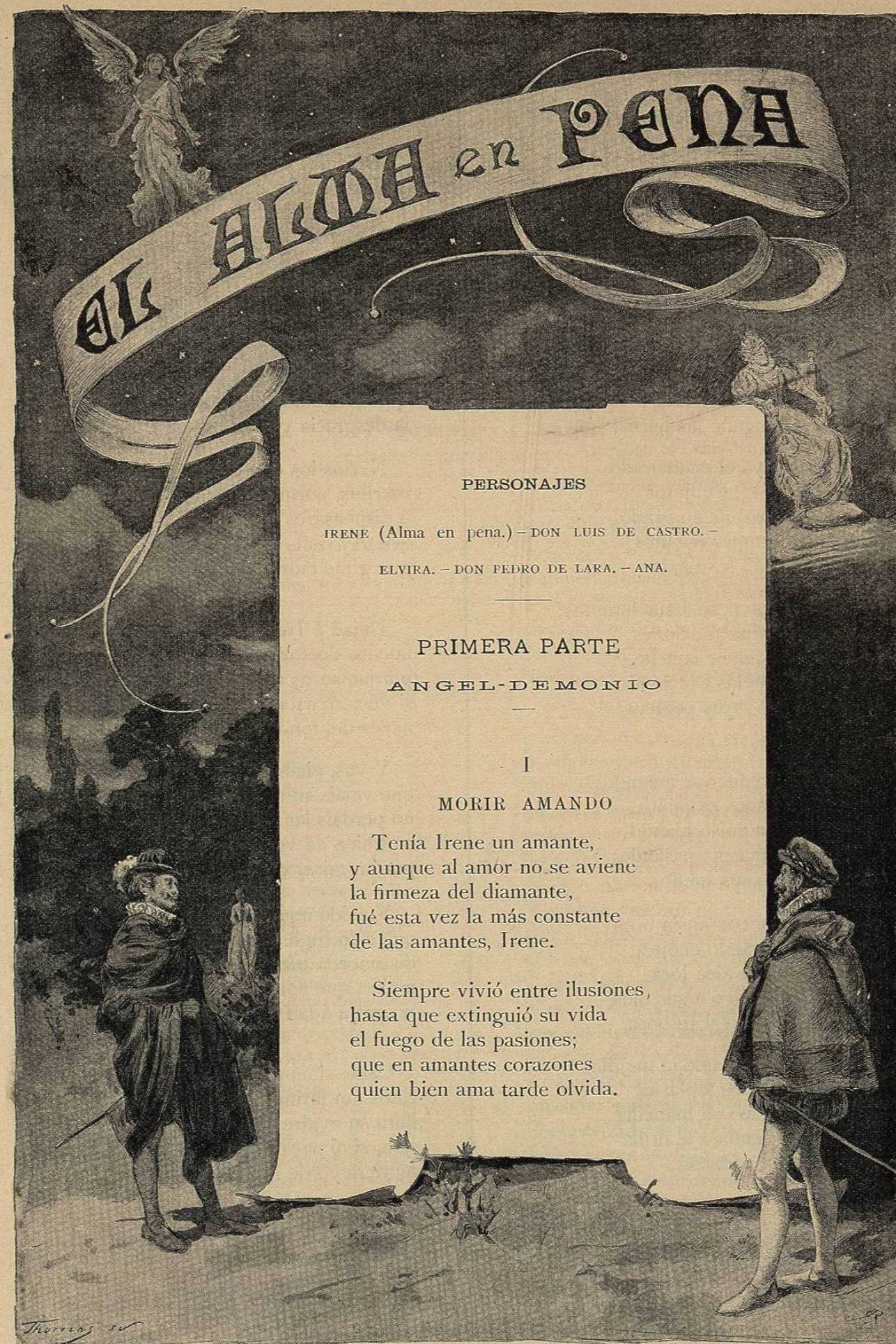
Jamás he podido convencerme de las razones de los que han pretendido probarnos que carecemos de libre albedrío, y que todos nuestros actos están regidos por la omnipotente mano de Dios. Si esto fuese así, sería necesario confesar que Dios hacía un ayo sobradamente descuidado, porque tales cosas hace el hombre que desacreditarían su augusta dirección.

¿Y quién es el necio que por otra parte cree que abandonados á nuestros propios deseos, vivimos, crecemos y nos multiplicamos, ni más ni menos que los animales de un orden inferior? Esta teoría, en mi concepto, era suficiente para hacer morir de hastío á cuantos presumiéramos de tener sentido común. Se me dirá que, al darnos Dios el libre albedrío, nos concedió un instinto de percepción que distingue lo bueno de lo malo, y que por consiguiente somos responsables de nuestros actos, en cuanto obramos con conocimiento de causa; pero esto, á lo más, no pasa de ser una argucia escolástica, porque si los alientos espirituales se hallan subyugados por los estímulos de la carne, poco importa que la Omnipotencia nos haya dado entonces el don de conciencia, pues sería lo mismo que enseñarle á un hambriento el pan inaccesible á su estómago. Doy por supuesto, que no lo creo, que en las batallas interiores tengan el mismo grado de intensidad el espíritu y la materia para ganar la victoria; el que por último quede vencido, aquel será menos fuerte, y el castigarle por su impotencia sería una iniquidad. No es mi ánimo en este lugar prejuzgar la justicia ó injusticia de la suerte ulterior que nos espera, y sólo trato de manifestar que así como no me contenta ver á Dios encargado de velar sobre nosotros con un eterno pupilaje, me repugna en extremo hallarme con un albedrío que, á pesar de mi conciencia, ha de ser arrastrado por el sentido más loco.

Y si por una parte es absurdo pensar en la intervención directa del cielo, y por otra demasiado desconsolador tener por nuestros únicos móviles las eventualidades del acaso, ¿cuáles son los medios por los cuales nuestra naturaleza debe estar en relación con el alto fin para que ha sido creada?

Un espíritu que se filtra en el corazón de los actores, tomando alternativamente las diferentes formas de un sueño, de una memoria, de un placer, de un dolor, de una esperanza, de un presentimiento, es el resorte invisible que determina las acciones de este drama; pero semejante medio es indeterminado, local, raquíctico. Basta para desarrollar esta composición, pero no cumple con el objeto que me había propuesto. La cuestión por consiguiente queda indicada, pero no resuelta. Falta hallar otro eslabón más aéreo que este, infinitamente más universal, que abrace todos los actos de la existencia de los hombres hasta sus últimos pormenores; que no se aplique á él un caso dado, sino que él sea aplicable á todos los casos. Es menester, en fin, hallar la identidad de ese ser misterioso ante el cual nuestra voluntad es una esclava, á quien unos llaman *sino*, otros *hado*, otros *estrella*; que se insinúa en el corazón por caminos desconocidos; que excita nuestros instintos de un modo tan invisible, que á veces nos fuerza á hacer lo contrario que anhelamos. En la conciencia de la humanidad hay un sentimiento constante de atribuir el buen ó mal éxito de sus acciones á un director espiritual; y si al cruzar el erial del mundo tiene el hombre una convicción tan profunda de que jamás marcha solo, ¿quién es entonces ese duende que le acompaña?...

Abandono la resolución de este problema, porque me parece de la mayor importancia, y digna por lo mismo de que se ocupe de ella otra pluma más diestra que la de un pretense filósofo de veintitres años.



PERSONAJES

IRENE (Alma en pena.) — DON LUIS DE CASTRO. —

ELVIRA. — DON PEDRO DE LARA. — ANA.

PRIMERA PARTE

ANGEL-DEMONIO

I

MORIR AMANDO

Tenía Irene un amante,
y aunque al amor no se aviene
la firmeza del diamante,
fué esta vez la más constante
de las amantes, Irene.

Siempre vivió entre ilusiones,
hasta que extinguió su vida
el fuego de las pasiones;
que en amantes corazones
quien bien ama tarde olvida.

Y sin que en rudos amaños
un pecho tan inocente
turbasen los desengaños,
así pasaron sus años
uno, diez, quince, hasta veinte.

¡Dichoso el que así camina
por márgenes deleitosas
en ilusión peregrina,
sin que haya entre tantas rosas
para su planta una espina!

¡Feliz la que tantas veces
la copa del gusto asiendo,
dando á sus amores creces,
jamás apuró, bebiendo,
de un desengaño las heces!

¡Bien haya el enamorado
que ve con ojos enjutos
á los que, mal de su grado,
pagando al amor tributos,
gimiendo van á su lado!

¡Y, aunque pese á sus intentos,
son del destino traiciones,
que unos alcemos lamentos
al compás de las canciones
que entonan otros contentos!

Dígallo Irene, que amando
con tan livianos empeños,
jamás con impulso blando
nubló un fantasma pasando
la nitidez de sus sueños.

Bien hizo, con ansia poca
soñar desterrando enojos,
aunque á cada idea loca
se apagó un rayo á sus ojos,
y perdió un clavel su boca;

Que es mejor que la mejilla
se nos descolore á plazos,
que ir dejando con mancilla
de nuestra senda á la orilla
el corazón á pedazos.

— ¡Pobre Irene! — exclamó un día
su madre, al ver que inocente
muriendo, se sonreía;
y al verla morir la gente,
— ¡pobre de Irene! — decía.

Dejadla, que, así muriendo,
será más feliz su suerte.
¿Qué más quisierais, que yendo
hacia vosotros la muerte
os asaltase durmiendo?

Dejadla, y no turbe alguno
su ilusión con loco empeño,
pues no ha de darla ninguno
más que un adiós importuno
al despertar de su sueño.

Más lejos, turbas galanas
de amantes, que en la locura
de vuestras mentes livianas,
quisisteis hacer hermanas
la desgracia y la hermosura.

Necios los que en sus paredes
escribís, porque no asoma
á dispensaros mercedes:
— «¡Ay de la bella paloma
que gime entre ocultas redes!» —

Dejad á Irene que duerma,
buenos doctores, en calma;
porque se os muere la enferma
si vuestro saber no merma
males del fondo del alma.

Y vos, piadosos varones
que veláis su último instante,
no perdáis las bendiciones
en quien da vuestros perdones
por un mirar de su amante.

Y cuide aquel que la infunda
que sólo rinde á precitos
de amor la torpe coyunda,
no sea que aun moribunda
le arroje á la faz sus ritos.

Calle, si en fiera agonía
rotos tan íntimos lazos
llora su madre este día,
¡Oh, si al nacer, en los brazos
muriera yo de la mía!

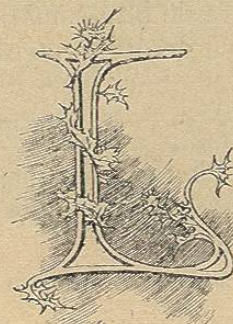
Cuantos á Irene han querido
mitiguen duelo tamaño:
que lanza el postrer gemido,
mas no lleva el pecho herido
por el primer desengaño.

¡Del mundo torpes extremos!
¡Que nos reciban cantando
cuando llorando nacemos
y aun cuando al morir cantemos
nos han de dejar llorando!

Callad; y pues que su holganza
á nuestro dolor prefiere,
¡dichoso el que en bienandanza
da al mundo un adiós, y muere
en brazos de la esperanza!

II

EL ALMA EN PENA



os sobresaltos y dudas
que nuestro pecho combaten
al ver á algún ser querido
que, presa de ocultos males,
gime en un lecho, y se siente
desfallecer por instantes,

cuando los dulces recuerdos
de sus primeras edades
dan pábulo á su existencia
para extinguirla más antes,
sólo, en las funestas horas
de tan apurados lances,
aquel que vela á su lado,
porque lo siente, lo sabe.

Así de la triste Irene
la desconsolada madre,
que poco á poco de aquélla
ve la existencia apagarse,
víctima junto á su lecho
de tan íntimos pesares,
inunda el suelo de llanto,
y el viento enciende con ayes.

¡Terrible suerte por cierto
la de la anciana que en balde
prodiga á su hija adorada
el colmo de sus afanes,
sin que á coartar el vuelo
de aquel espíritu basten,
pues de continuo embebido
en la ilusión de una imagen,
existe, goza y discurre
por las regiones del aire,
siempre esquivando los lazos
de la prisión de la carne,
y siempre anhelando un mundo
de espíritus celestiales!

Tendió una vez su mirada
á la luz pálida que arde,
y al ver de Irene tranquilo

el amoroso semblante,
y una convulsión ligera
que plácida le contrae
como si en sueño tan dulce
la hiciera sonreír alguien,
desfallecida, su rostro
en pesadumbre tan grande
dejó caer sobre el lecho,
lágrimas vertiendo á mares.

Parte entregada al desvelo,
y al sueño entregada en parte,
muellemente fluctuando
entre tan dulces mitades,
quedó la madre de Irene
en un éxtasis suave,
llorando de uno ilusiones,
de otro sintiendo verdades.
Y ya una vez tan ilusa
seres forjaba ideales,
que creyó ver en su insomnio
al lado de Irene un ángel,
el que cubriéndola alegre
con sus ligeros cendales,
como si tal vez con ellos
su espíritu aprisionase,
próximo á romper acaso
del cuerpo humano la cárcel,
ligeramente al oído
la murmuró este mensaje,
el cual traspuesta la anciana
creyó escuchar delirante:

— «Alma, ¿á qué llamar al cielo?
Dios á sufrir te condena.
Aun no es tiempo: acorta el vuelo;
vaga por el mundo, y pena.